

Arqueología del paisaje en La Malinche



Ubicado entre los estados de Puebla y Tlaxcala, el volcán La Malinche o Matlalcueye ha gozado desde la época prehispánica del culto de los pueblos agrícolas que lo circundan, sobre todo porque su elevada cumbre —donde se juntan las nubes que han de llevar el agua a los terrenos de cultivo— da la impresión de estar llena de agua (Sahagún, 1999), y de que existe un ente divino que se encarga de proveerla o de negarla. Por esta razón los pobladores rinden culto a la deidad allí aposentada, para así pagar por los beneficios recibidos (Broda, 1971: 276), o incluso presionar para obligarla a proporcionar el elemento.

Para un pueblo sumamente observador (Broda, 1991: 462-463), no se podía pasar por alto la forma de la montaña, atribuyéndosele a la espesura boscosa que rodea su cúspide una especie de falda que cubre la silueta de una mujer, otorgando desde ese momento género y figura a la elevación volcánica, identificándola con la diosa Matlalcueye, la de la falda azul, segunda esposa del dios Tláloc y desde entonces patrona de los tlaxcaltecas. Sahagún (1999: 49) menciona que “todos los montes eminentes, especialmente donde se arman nublados para llover, imaginaban que eran dioses, y a cada uno de ellos hacían su imagen según la imaginación que tenían de ellos”.

En búsqueda de datos para desarrollar mi tesis de doctorado, tuve la oportunidad de excavar en dos santuarios localizados en La Malinche: el primero de ellos ubicado en una de sus pendientes, y el segundo en la cúspide, en donde los materiales arqueológicos recuperados nos confirman la existencia, desde la época prehispánica, del culto a las deidades del agua. No obstante, nos dimos cuenta también de que este culto se encuentra fuertemente arraigado en la actualidad, pues la población campesina de los alrededores ha optado por venerar imágenes cristianas —relacionadas con la agricultura— en antiguos lugares de prácticas rituales como cuevas, cruces de caminos, nacimientos de agua, barrancas, etcétera, en fechas ligadas al calendario agrícola.

* Centro INAH Puebla.

El tema de este trabajo trata sobre el culto que desde la época prehispánica hasta la actualidad han rendido a la Matlalcueye los habitantes de los pueblos asentados en su entorno. Se toma como base el análisis de los materiales recuperados en las excavaciones y los registros de las ceremonias que la población actual aún practica en sus hogares, templos y espacios de la montaña, considerados sagrados por existir en ellos nacimientos de agua, barrancas, cráteres de volcanes o simples cruces de caminos.

Para los habitantes del valle poblano-tlaxcalteca, al igual que los del valle de México, el vivir rodeados de montañas ha influido en su forma de ver y ordenar el espacio; sobre todo porque en sus cúspides se forman las nubes que, si tienen suerte, habrán de regar sus campos de cultivo y dotarlos de alimentos, al menos durante un ciclo agrícola.

Resulta curioso observar cómo en la actualidad vecinos de San Francisco Papalotla —población cercana de La Malinche, en su extremo sur— recuerdan que hace muchos años, campesinos de San Miguel Tenancingo, San Pablo del Monte, Cholula, Panzacola, San Cosme Mazatecochco, entre otras —asentados en los alrededores del Cerro de la Luna (elevación natural ubicada muy cerca de Papalotla)—, veían aparecer una nube sobre la cumbre del cerro, siempre que habrían de tener buenas cosechas. En agradecimiento y pago por el agua recibida, acuden desde entonces durante el mes de febrero a Papalotla para festejar la fiesta del Altepeíhuítl, considerada la “primera y más grande fiesta del pueblo”. No está por demás recordar que para algunos vecinos, principalmente mayordomos y fiscales, este evento es considerado como la “fiesta del pedimento del agua al dios del Cerro”.

Conviene mencionar que el Cerro de la Luna es una elevación natural, no muy alta, sobre la cual se encuentran restos de por lo menos dos basamentos arqueológicos que, según investigaciones de García Cook (1996: 249-250), corresponden a la fase Texoloc (800 a 350 a.C.), la cual se caracteriza por tener poblaciones ubicadas en las cúspides de las lomas y cerros, siempre próximas a los nacimientos de agua o ríos. Estas estructuras fueron mutiladas durante la construcción de un campo de fútbol, que dejó al descubierto su núcleo de

piedra bola y bloques de tepetate, en tanto que en sus alrededores se han asentado nuevos barrios, uno de los cuales —el de la Santísima Trinidad— ocupa las pendientes del cerro y tiene una pequeña iglesia muy cerca de la cúspide.

Según comentan algunos vecinos, conocedores de la historia de su población, originalmente Papalotla estaba asentada sobre el Cerro de la Luna, pero a raíz de la llegada de los españoles, los frailes decidieron cambiarla al lugar que ocupa actualmente, quedando el cerro desocupado, salvo por una cruz que fue colocada en su cúspide y que es el centro de las ceremonias relacionadas con la petición de lluvias.

Con el paso de los años y el crecimiento demográfico, las necesidades de espacio hicieron que nuevamente se volviera a ocupar el cerro, ahora en sus laderas, estableciéndose el ya mencionado barrio de la Santísima Trinidad y su templo, el cual conserva y reproduce el antiguo nexo con el agua. Tan es así, que en 1972 una compañía estaba extrayendo piedra del cerro y la población se opuso por considerar que se corría el riesgo de romperlo e inundar las colonias vecinas, pues siempre han pensado que el cerro está lleno de agua, razón por la que se le acercan las nubes, para cargarse del vital líquido.

Esta idea se confirmó cuando, al excavar un pequeño pozo en la parte superior del cerro, vieron salir el agua a escasos centímetros de la superficie, hecho que consideraron milagroso y que contribuyó a suspender definitivamente la extracción de piedra por parte de la compañía.

San Francisco Papalotla ocupa un lugar importante dentro de las poblaciones asentadas en la pendiente suroeste de La Malinche, por ser la “poseedora” del Cerro de la Luna, y porque dentro del área que le corresponde de la Malinche fue donde, según comentan los fiscales de la población, un día 3 de mayo del siglo XVI se apareció el Señor del Monte (un Cristo martirizado y clavado en la cruz) a un pastor de Papalotla. Según el mito, el pastor bajó de la montaña y se dirigió a Papalotla para pedir ayuda y llevar la imagen al templo, comentando en el camino el suceso a cuanta gente encontraba. Esto motivó que los vecinos de las poblaciones aledañas pretendieron llevarse la imagen a

sus pueblos, más no fue posible, pues pesaba mucho y no lograron moverla, hasta que llegaron los habitantes de Papalotla, guiados por el pastor elegido, y con toda facilidad la transportaron hasta su parroquia en donde se conserva en el altar principal de la iglesia.

Actualmente podemos observar otra pequeña imagen del Señor del Monte colocada junto a la original, la cual es llevada en procesión hasta el lugar del hallazgo para ser festejada en una gran ceremonia, que se celebra el 5 de mayo y en la que participan los habitantes de la región e incluso de otros estados.

Si bien no se recuerda con exactitud el año de la aparición ni el nombre del pastor que participó en el evento, los vecinos dicen que fue un 3 de mayo y por eso la festividad en Papalotla es ese día, sin importar en que día de la semana ocurra. En cambio, la fiesta principal se organiza el 5 de mayo en el santuario de la montaña, aprovechando que es día festivo y puede asistir un mayor número de personas.

El santuario de la montaña en donde se apareció el Señor del Monte se encuentra ubicado junto a una de las barrancas que descienden de la pendiente sur de La Malinche; ahí, se dice, había un nacimiento de agua y antiguamente se hacían ceremonias y ofrendas a una deidad prehispánica conocida como “donde se aparece nuestro señor dador del agua”. Estas ceremonias fueron prohibidas por la Iglesia y seguramente la aparición de la imagen del Señor del Monte obedece a un intento por conservar el interés de la población campesina hacia la nueva religión, maniobra que con anterioridad se había implantado en diversos santuarios de la península



ibérica (Atienza, 2000: 114), contribuyendo a otorgar al pueblo español la fe y fuerzas necesarias para expulsar a los invasores musulmanes.

Es muy posible también que parte del ritual, originalmente dedicado a la deidad prehispánica, haya subsistido bajo la forma de una de las danzas del carnaval, concretamente la de la víbora, por ser ésta un baile en donde los participantes, vestidos de “charros”, bailan y manipulan un látigo a manera de serpiente, provocando fuertes estallidos, simulando el trueno que antecede a la tormenta, y de alguna manera llamando a la lluvia. Es interesante observar cómo la danza de la víbora es interpretada por niños de la localidad, quienes al manipular el látigo (la víbora) recuerdan aquel relato de Gordon Wasson (1999:109-110) en donde, refiriéndose a los niños que habitan el Tlalocan nos dice: “son niños que mueren sin haber recibido el bautismo y por eso van al Tlalocan y ahí se vuelven de color azul. Llevan en las manos serpientes que utilizan como látigos para arrear las nubes”.

Como mencionamos anteriormente, el paisaje que domina nuestra área de estudio está delimitado por altas montañas y volcanes, en tanto que en su interior muestra pequeñas elevaciones o lomeríos en cuya cúspide es común observar restos de antiguos santuarios prehispánicos, coronados muchas veces por cruces de madera, y en donde frecuentemente se pueden encontrar algunas veladoras o flores dejadas por visitantes anónimos. Estas elevaciones fueron incorporadas a la cosmovisión de los pueblos que las rodean, y a muchas de ellas se les consideraron deidades o residencia de ellas. El género masculino de sus nombres, por lo general es destinado para aquellas cumbres que tienen forma circular (Popocatepetl, Cerro Tláloc, Nevado de Toluca, Pico de Orizaba, Cerro Lorenzo Cuatlapanga, Nappatecuhtli, etcétera), y el femenino para las montañas de forma alargada (Iztaccíhuatl y Matlalcueye), como lo señala Iwaniszewski (en prensa). Se crean e idean amoríos y matrimonios (Muñoz Cargado, 1998: 148; Brotherston, 1997: 38), así como riñas entre ellas (González Jácome, 1997: 484), que explican la forma o semejanza que aparenta cada elevación, vista desde un punto en particular (Glockner, 1997: 10). Pero además vemos que a los diferentes



Figura 1. Panorámica del cráter Tlalocan, visto de sur a norte, durante los preparativos para la celebración de una misa por el "santo" de La Malinche.

espacios de la montaña se les identifica con una parte del cuerpo humano; así, es común encontrar “el rostro” y “el ombligo” para el caso del Popocatepetl (Glockner, 2000: 16), o la cabeza, la rodilla, el pecho, etcétera, para la Iztaccíhuatl y La Malinche. Estos lugares fueron utilizados como santuarios, y aún en la actualidad son visitados y habilitados como lugares de culto y encuentro con la deidad por grupos de graniceros o tiemperos de las comunidades asentadas en las laderas de los volcanes, quienes además mantienen en su vida diaria una minuciosa observancia del calendario agrícola religioso, en donde se puede ver una perfecta armonía entre las antiguas ceremonias prehispánicas y las celebraciones que la Iglesia católica ha tratado de implantar desde los inicios de la colonización.

Y es que, como lo describen varias fuentes, no existe en el mundo un pueblo tan devoto y respetuoso de la religión como el que encontraron los frailes a su llegada a la América conquistada, al grado que prácticamente toda la vida giraba en torno de las distintas y frecuentes festividades marcadas en el calendario, muchas de ellas —por no decir la mayoría— relacionadas con el culto a los cerros y a las deidades del agua, como consecuencia del importante papel jugado por la agricultura en la vida social mesoamericana.

Un ejemplo de estas celebraciones puede ser la procesión que los vecinos y mayordomos de San Luis Teolocholco, Santa Isabel Xiloxotla¹ y Santa María Acxotla del Monte, Tlaxcala, hacen en el mes de mayo al cráter Tlalocan (localizado en la pendiente sur de La Malinche, a 3110 msnm) con el objeto de festejar el “santo” de La Malinche (identificada por ellos con Santa Bernardina, cuyo onomástico es el 20 de mayo) y agradecer por la llegada oportuna de las lluvias. Algunos llegan caminando, otros en bicicletas o en camionetas particulares y la mayor parte en microbuses rentados. Ya en el lugar arman un pequeño altar en el extremo norte del cráter, al que cubren con lonas y una misa es oficiada por el sacerdote de San Luis Teolocholco (Figura 1); terminada ésta, se deposita una cruz de flores en el lugar donde se monta el altar y entre las ramas de algunos árboles, acaso para “plantar el espíritu”, como menciona Glockner (*op. cit.*, 2000: 113) que hacen los graniceros del estado de Morelos para purificar y bendecir el lugar.

¹ Varios de estos pueblos fueron motivo de un trabajo bastante extenso por parte de Hugo Nutini e Isaac L. Barry que comprende desde 1959 a 1969, obra comentada y ampliada con investigaciones más recientes por González Jácome (1997), sobre todo en lo que comprende a la población de Santa Isabel Xiloxotla.



Terminada la ceremonia se hacen fogatas y se preparan los alimentos para comer en el campo, posteriormente la gente empieza a retornar poco a poco a sus lugares de origen.

Según los asistentes, se trata de una celebración iniciada a mediados de los años noventa, a sugerencia del párroco de San Luis Teolocholco, ante la preocupación de los campesinos por el retraso de las lluvias, celebración que se ha venido fortaleciendo año con año. En mayo del 2000 tuvimos la oportunidad de excavar en la parte poniente y en el centro del cráter, lo que nos permitió encontrar parte de un adoratorio prehispánico de forma rectangular —similar a los reportados por José Luis Lorenzo (1957) en los volcanes del altiplano—, asociado en su mayoría a fragmentos de sahumadores, figuras de Tláloc y pequeñas vasijas pertenecientes al Posclásico temprano y principalmente al Posclásico tardío. Hacia el centro localizamos material más temprano, aunque en menor cantidad, perteneciente al Formativo y Clásico tardío, que nos señala que el sitio era frecuentado desde el siglo XVI, pero sobre todo que allí, antes como ahora, se hacían ofrendas y ceremonias relacionadas con la petición de lluvias y/o la posible cura de enfermedades asociadas con el agua o el viento. Así lo sugiere el hallazgo de un buen número de fragmentos de figurillas antropomorfas, en donde se aprecia la existencia de estos males (“mal de aire”), que nos confirma Sahagún (1999: 49), al referir que: “... tenían también imaginación que ciertas enfermedades, las cuales parece que son enfermedades de frío procedían de los montes, o que aquellos montes tenían poder para sanarlas...” Para sortear estas enfermedades, los pobladores acudían a estos espacios sagrados a depositar ofrendas y hacer ceremonias con la esperanza de lograr su cura o simplemente cumplir algún voto.

Otro ejemplo que merece ser recordado es la celebración del día de la Santísima Trinidad, fiesta móvil que generalmente ocurre en los meses de mayo o junio. Día de suma importancia para las poblaciones asentadas en la parte sur de La Malinche, como San Pablo del Monte, donde existe un barrio que lleva ese nombre y en consecuencia se realizan procesiones y misas en su parroquia. Igual ocurre en San Francisco Papalotla, que organiza una pequeña feria en el barrio de la Santísima Trinidad y se hacen misas en el templo asentado sobre el Cerro de la Luna, antiguo santuario del cual hablamos anteriormente.

No obstante, el lugar que más llama la atención es Santa María Acxotla del Monte, en donde, pese a que su pequeña iglesia está dedicada a la Virgen del Pilar, el día de la Santísima Trinidad es considerado “el día de la Tierra” y por ello acostumbran celebrar una misa y colocar uno o dos cerritos de tierra, cubiertos de flores y coronados con un maguey, en las puertas de sus viviendas (Figura 2). Esta ofrenda a la madre tierra, equiparada con la Santísima Trinidad, es un reconocimiento a la importancia de los cerros, a los que consideraba Sahagún (1999), y actualmente Glockner (*op. cit.*, 2000: 146), como grandes contenedores de agua y alimentos custodiados por un ser supremo.

A manera de conclusiones

Como hemos visto, uno de los pueblos más interesantes dentro de nuestra área de estudio es San Francisco Papalotla, por haber estado asentado (según algunos vecinos) sobre el Cerro de la Luna, santuario prehispánico asociado al culto del agua que tiene su origen en la fase Texoloc (800 a 350 a. C.), y porque sobre de él —se dice— se posaba una nube siempre que había

buena temporada de lluvia, razón por la cual los campesinos de los pueblos vecinos (incluyendo Cholula, distante unos 10 km en línea recta) acudían a celebrar la fiesta del cerro (Altepeílhuitl) durante el mes de febrero. Luego, porque es en sus terrenos, ubicados en la falda sur de La Malinche, en donde un 3 de mayo, no se recuerda en que año —y creo que carece de importancia—,² se apareció la imagen del Señor del Monte junto a una barranca en donde había un nacimiento de agua.³ Aquí se asegura, antiguamente realizaban ceremonias y ofrendas a una deidad prehispánica a la que se pedía por la llegada de las lluvias.

Es en Papalotla también en donde, durante el carnaval, se escenifica la danza de la víbora, ceremonia en la que sus participantes —a veces niños y otras adultos— manipulan un látigo que provoca fuertes estallidos, imitando los truenos que anteceden a la lluvia. Por si fuera poco, la fiesta de la población,⁴ el 4 de octubre, día de San Francisco, coincide con el final de la época de lluvias.

Al contar dentro de sus terrenos con dos importantes santuarios, Papalotla se coloca en un lugar privilegiado respecto a los otros pueblos vecinos. El relato que menciona el hallazgo de la imagen del Señor del Monte por un campesino de Papalotla, y el hecho de que individuos de otros pueblos no hayan podido mover la imagen, ratifica la pertenencia de ésta a Papalotla y a nadie más. Aunque relatos sobre imágenes pesadas o que se regresan al

lugar que ellas quieren abundan en la literatura de los santuarios.

La curiosa coincidencia del día de la aparición —3 de mayo— con el día de la Santa Cruz, así como la festividad del pueblo, 4 de octubre, nos marcan nada menos que el inicio y fin de la temporada de lluvias; de ahí que la fiesta del Altepeílhuitl —celebrada ahora en febrero, pese a que originalmente se efectuaba a fines de octubre (Broda, 1997: 68; Durán, 1967: 279)—, junto con el baile de la víbora (que se practica durante el carnaval), tengan como objetivo en realidad llamar a las lluvias o agradecer por su llegada.

La gran festividad del 5 de mayo en el santuario del monte —al que acuden los campesinos de todos



Figura 2. Cerrito de tierra adornado con flores y un maguey en la cúspide, colocado por los vecinos de Santa María Acxotla del Monte Tlaxcala, en la puerta de sus viviendas para festejar el día de la Santísima Trinidad.

² Lo interesante es que se rescata la fecha, 3 de mayo, y se ignora el año e incluso el nombre del pastor que participó en el acontecimiento.

³ Según el mito que narra la aparición, este nacimiento se secó debido a que dos campesinos que acudieron un día a visitar el santuario tomaron el agua para hervir elotes; en castigo quedaron ciegos y el nacimiento se secó.

⁴ Debido a los gastos que implica el cultivo de la tierra y los bajos costos de los productos, gran parte de la población se dedica en la actualidad al comercio de ropa que venden en los tianguis en las poblaciones de los alrededores; no obstante, la población campesina se encarga de las fiestas del 3 de mayo, y los comerciantes de las del 4 de octubre.



los alrededores—, así como el festejo que hacen los habitantes del área de Santa María Acxotla del Monte en el cráter Tlalocan para conmemorar el santo de La Malinche, y más aún, la celebración del día de la tierra, identificándola con la Santísima Trinidad, entre otros, nos muestra la manera en que la población agrícola del México actual ha logrado integrar el paisaje que le rodea y toda la carga simbólica que representa a los requerimientos de la nueva religión, que desde el siglo XVI ha luchado por dominar y deterrar este tipo de ceremonias. No obstante, en la práctica vemos que en muchas ocasiones son los propios sacerdotes católicos los que inducen la celebración de misas y la colocación de cruces e imágenes católicas en antiguos santuarios prehispánicos, probando con ello las palabras de Glockner (1997: 507), cuando nos dice que “... el resultado de la predicación cristiana fue más un injerto que una amputación”.

La idea de que los cerros estaban llenos de agua y de alimentos es compartida por muchos pueblos, incluyendo el de Cholula, en donde se creía que el Templo Mayor reventaría si le quitaban una piedra; por ello los cholultecas esperaban confiados y burlones a los españoles, sabedores que su deidad Quetzalcóatl los protegería (Torquemada, t. 2, 1975: 138 y t. 7, 1983: 407). ¡Cuanta angustia y desesperación debieron sentir al ver que sus dioses los abandonaban!

BIBLIOGRAFÍA

- Atienza, G., Juan, *Montes y simas sagrados de España*, Madrid, Edaf, 2000.
- Broda, Johanna, “Las fiestas aztecas de los dioses de la lluvia: una reconstrucción según las fuentes del siglo XVI”, en *Revista Española de Antropología Americana*, Madrid, 1971.
- , “Cosmovisión y observación de la naturaleza: el ejemplo del culto de los cerros en Mesoamérica”, en *Arqueoastronomía y Etnoastronomía en Mesoamérica*, México, UNAM, 1991.
- , “El culto mexica de los cerros de la cuenca de México: apuntes para la discusión sobre Graniceros”, en *Graniceros, cosmovisión y meteorología indígenas de Mesoamérica*, México, El Colegio Mexiquense/UNAM, 1997.
- Brotherston, Gordon, “Los cerros Tláloc: su representación en los códices”, en Beatriz Albores y Johanna Broda (coords.), *Graniceros, cosmovisión y meteorología indígenas de Mesoamérica*, México, El Colegio Mexiquense/UNAM, 1997.
- Durán, fray Diego de, *Historia de las Indias de la Nueva España e Islas de Tierra Firme*, t. I., México, Porrúa, 1967.
- García Cook, Ángel y Leonor Merino Carrión (comps.), *Antología de Tlaxcala*, vol. I, México, INAH, Gobierno del Estado de Tlaxcala, 1996.
- Glockner, Julio, “Los sueños del tiempo”, en Beatriz Albores y Johanna Broda (coords.), *Graniceros, cosmovisión y meteorología indígenas de Mesoamérica*, México, El Colegio Mexiquense/UNAM, 1997.
- , *Así en el Cielo como en la Tierra. Pedidores de lluvia del volcán*, México, Grijalbo/BUAP, 2000.
- González Jácome, Alba, “Agricultura y especialistas en ideología agrícola: Tlaxcala, México”, en Beatriz Albores y Johanna Broda (coords.), *Graniceros, cosmovisión y meteorología indígenas de Mesoamérica*, México, El Colegio Mexiquense/UNAM, 1997.
- Iwaniszewski, Stanislaw, “Y las montañas tienen su género. Apuntes para el análisis de los sitios rituales en la Iztaccíhuatl y el Popocatepetl”, manuscrito inédito.
- Lorenzo, José Luis, *Las Zonas Arqueológicas de los volcanes Iztaccíhuatl y Popocatepetl*, Dirección de Prehistoria, publicación núm. 3, México, INAH, 1957.
- Muñoz Camargo, Diego, *Historia de Tlaxcala*, Tlaxcala, Gobierno del Estado de Tlaxcala/CIESAS/Universidad Autónoma de Tlaxcala, 1998.
- Sahagún, fray Bernardino de, *Historia General de las Cosas de Nueva España*, México, Porrúa (Sepan Cuantos, 300), 1999.
- Torquemada, fray Juan de, *Monarquía Indiana*, t. 2, México, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM (Historiadores y Cronistas de Indias), 1975.
- , *Monarquía Indiana*, t. 7, México, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM (Historiadores y Cronistas de Indias), 1983.
- Wasson, Gordon, “Santa María Tonantzintla y Piltzintli”, en *Mirando el Paraíso*, Julio Glockner (comp.), México, BUAP/Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Puebla, 1999.